

LA PAZ Y LA MORAL INTERNACIONAL**Gustavo Saco*

La paz se habrá asegurado, para el pensamiento de M.Kant, cuando los Estados mantengan entre si un modo de relacionarse de acuerdo a ciertas normas y prescripciones. Kant comprende que solamente para alcanzar la paz, "El derecho de las naciones debe de basarse en la federación de estados libres". Esta federación no persigue ningún poder del Estado, sino que se propone únicamente mantener y asegurar la libertad de un Estado y la de los otros Estados federados". "La realización 'realidad objetiva' de dichas ideas de una federación debe extenderse poco a poco a todos los Estados y conducir así a la paz perpetua".

Esta concepción de una federación de Estados es una gran realización en el pensamiento de Kant, en una época de exacerbados sentimientos bélicos de los gobernantes cuando todavía después de cerca de ciento cincuenta años resonaba la palabra del filósofo inglés T. Hobbes, para quien la paz no era sino un momento transitorio en el que los monarcas tenían sus cañones dirigidos los unos a los otros, prontos a atacar a la menor señal de debilidad de los monarcas considerados enemigos, cuando el derecho de las naciones aún se encontraba en un estado incipiente; en aquella época Kant se eleva sobre ella y plantea esa federación en la que habrán de unirse todos los pueblos de la tierra. Más aún cuando combate todas las prácticas aceptadas de disposiciones arbitrarias y explotadoras de los gobernantes de distribuirse a su antojo los otros Estados, se alza su voz en contra de tantas arbitrariedades. Aún más, sostiene Kant que los ejércitos permanentes deben desaparecer por completo, porque los pueblos armados son una amenaza continua de guerra, y porque los gastos que ocasionan son causantes de agresiones y solamente, para Kant, hay que limitarse a ejércitos y gastos militares voluntariamente realizados para prevenir cualquier ataque del exterior.

Aun cuando estas ideas sobre la paz de Kant no son suficientes para alcanzar la paz, Kant se adelantó en mucho a su época para lograr una filosofía social de la paz.

En verdad, Kant no era tan pesimista sobre la naturaleza humana pues cree firmemente que para la paz perpetua, "lo que da ésta es nada menos que la gran artista naturaleza. En su curso mecánico, se evidencia, y muy visiblemente, un finalismo que hace posible el entendimiento de la armonía entre las discordias humanas, aún contra la voluntad de los hombres". Por supuesto que aquí el concepto de paz trasciende el concepto de estado de naturaleza, al cual Kant se ha referido anteriormente para situar ahora el tema de una metafísica de la naturaleza. De primera impresión al escuchar esta idea Kantiana, la naturaleza está en el fondo, tiende en el fondo hacia el bien en las relaciones sociales. Independientemente de la posición metafísica, reconoce entonces que la naturaleza, tarde o temprano, va a conducir a la paz perpetua. Desde cualquier ángulo que lo abordemos, ya sea

*Esta ponencia fue leída y discutida el 27 de Mayo de 1992.

una posición naturalista o biológica a una posición metafísica finalista, es el hecho que la naturaleza encierra las posibilidades de eliminar la guerra y alcanzar la paz. En todo caso, por qué Kant ha establecido entonces un primer dualismo entre la naturaleza que conduce a la guerra y la finalidad de la naturaleza que conduce a la paz. Nos parece que ahora el dualismo ha quedado eliminado y que ha sido una afirmación incongruente de Kant y que no ha llegado a resolver, al establecer dos conceptos de naturaleza, uno que conduce a la guerra y otro que conduce a la paz, puesto que si hay un finalismo en la naturaleza, por qué no reconocer que en todo comportamiento se hace presente ese finalismo. No hay sino una manera de resolver la incongruencia, y que consiste en constatar que Kant hizo una concesión a una filosofía pesimista de la naturaleza que se da aún en algunos pensadores y, sobre todo, que Kant no pudo prever los descubrimientos que sobre el comportamiento humano se iban a tener posteriormente. De todos modos, independientemente de que asumamos o no una posición finalista es el hecho que la naturaleza encierra las posibilidades de agresividad o de cooperación social. La naturaleza es una sola y no puede haber dos conceptos: un estado natural con una finalidad metafísica. En todo caso en todas las relaciones hay una finalidad, o en ningún caso la hay, pero siempre una misma naturaleza.

Es en la misma naturaleza humana en que encontramos las bases para una mejor convivencia humana. Lo que acontece en el pensamiento Kantiano es que el finalismo de la naturaleza se base últimamente en una providencia que guía los acontecimientos y es, por supuesto, una buena naturaleza. En cambio, la mala naturaleza es aquella que está suelta, dejada a sí misma. Extraña conclusión a que nos lleva esta filosofía en un extremado intento de hallar un dualismo, que por lo que consta, este dualismo se fundamenta en la lucha entre el mal y el bien. Es muy probable que en la base de todo dualismo se dé este conflicto antagónico entre el bien y el mal, dualismo que se traduce también entre materia y razón. Lo malo es la materia, lo sensible, lo corruptible en tanto que la razón es lo esencial, lo imperecedero, conforme lo afirma la tradición platónica. Pero nosotros constatamos que este dualismo entre el mal y el bien, entre naturaleza y razón, llevado a sus extremas consecuencias, conduce a un absurdo filosófico y constatamos que en la naturaleza misma se da el bien y el mal que en otros conceptos llamamos buena relación social y agresividad.

Ahora bien, este finalismo de la naturaleza que conduce a la paz perpetua es realizada por ella, paradójicamente, por la guerra y el egoísmo humano según la filosofía kantiana. Por eso nos dice que "Habiendo la naturaleza procurado que los hombres puedan vivir en cualquier lugar de la tierra, así también con una voluntad ciertamente despótica, ha querido que deban vivir en todas partes, aún en contra de todos sus deseos y hasta en los casos en que dicha obligación no supusiera un verdadero concepto del deber; empero, la naturaleza para obtener su propósito, ha elegido la guerra. Continúa Kant con la afirmación de que la "guerra misma no requiere motivos especiales, sino que parece hallarse inserta en la naturaleza humana e incluso significa algo noble y que anima al hombre honorablemente y sin necesidad de impulsos egoístas". En otro párrafo afirma: "El mecanicismo de la naturaleza, utilizando ciertas inclinaciones egoístas, inclinaciones que en forma natural se oponen unas a otras, también exteriormente, es el medio usado por la razón para conseguir su propósito, el precepto jurídico, y garantizar con ello la paz, tanto interna como externa. Esto significa: la naturaleza quiere a toda costa que el derecho tenga por fin la supremacía. Lo que el hombre deja de hacer aquí, lo hará ella, si bien con muchas molestias". Por las citas expuestas, vemos como para Kant, la naturaleza utiliza la guerra y el egoísmo para alcanzar

la paz. ¿Cómo puede entenderse esta paradoja? Quizá en parte a que Kant hace una concesión a la naturaleza finalista, providencialista, la cual persigue el bien; pero ante el hecho de la agresividad de la misma naturaleza, para no desconocer su providencialismo el cual persigue el bien; ante el hecho de la agresividad de la misma naturaleza, para no desconocer el providencialismo, tendrá que decir en última instancia que lo malo de la guerra y el egoísmo, son para alcanzar lo bueno de la paz y del derecho. Quizá sea en parte también porque Kant hace una concesión a la belicosidad de los pueblos, incluyendo el suyo propio, y así justificarlo; pero, con toda seguridad, porque Kant, partidario de la paz perpetua, considere lo que él cree bondades de la guerra al sostener que "parece significar algo noble y que anima al hombre honorablemente y sin necesidad de impulsos egoístas". Ampliando esta posición filosófica, sostiene Kant en otra de sus obras, que "El medio de que se sirve la naturaleza para alcanzar el desarrollo de las disposiciones consiste en el *antagonismo* de las mismas dentro de la sociedad, por cuanto éste llega a ser, finalmente, la causa de su orden regular". Un poco más allá exclama: "agradezcamos, pues, a la naturaleza por la incompatibilidad, la envidiosa vanagloria de la rivalidad, por el insaciable afán de posesión o de poder. Sin esto, todas las disposiciones de la humanidad estarían eternamente dormidas y carentes de desarrollo. El hombre quiere concordia, pero la naturaleza, que sabe mejor lo que es bueno para la especie quiere la discordia". Esta concepción de la bondad de la guerra, la va a sostener también Hegel, y con más crudeza aún el mismo Nietzsche. ¿Cómo pues conciliar en los hechos esta paradoja de la filosofía kantiana: la paz perpetua con las bondades de la guerra?. Nosotros vemos que en la misma filosofía kantiana la paradoja es irreconciliable porque no nos dice cuando han de terminar las bondades de la guerra para transformarse en las bondades de la paz. Aún más, vemos también que en el fondo de los acontecimientos, la guerra es irreconciliable con la paz. La paz verdadera es la negación dialéctica de la guerra. Una cuestión es constatar que las formas de destrucción masiva puedan llevar posteriormente a que el hombre como oposición logre la paz y, en este sentido, la guerra prepara su autodestrucción en la negación de ella misma. Aún más, si tenemos presente lo que el mismo Kant afirma: "No perecerá el mundo porque disminuye el número de malvados. Lo moralmente malo posee el don, inherente a su naturaleza de autodestruirse y de deshacer su propio propósito (sobre todo en contacto con otros de su clase) y, si bien lo hace lentamente, abre sin duda el camino al principio moral del bien". Los mismos argumentos del filósofo nos dejan en la incertidumbre, pues si la guerra es mala habrá de autodestruirse y abrirá el camino al bien y se alcanzará la paz, pero si la guerra es bondadosa, por qué la naturaleza la ha de destruir y, en este caso no se logrará la paz perpetua. El kantismo entra aquí en profundas contradicciones y no nos señala el camino para salir de ellas y alcanzar el objetivo que se propone: la paz perpetua. La única manera de salir de las contradicciones es que Kant no le haga concesiones al belicismo y que nos diga que no hay nada de bondadoso en la guerra, y que no forja virtud alguna, y que la paz es la verdadera forjadora de las virtudes humanas. Aún más, el filósofo nos habla de la nobleza de la guerra, pero no nos dice de modo específico cómo se manifiesta esta nobleza. Escuchemos algunas de las que se dan en nuestra época. Por ejemplo, la guerra contribuye al desarrollo de la ciencia. Es cierto que hay algunos hombres que ponen su habilidad científica al desarrollo de armas de guerra; y, como resultado de las batallas la rehabilitación médica encuentra procedimientos adecuados. Pero los fundamentos mismos de la ciencia, el conocimiento profundo de la naturaleza nunca se hizo por motivos de guerra, sino por un profundo amor al

conocimiento. La historia de la ciencia está llena de hechos que nos comprueban que el descubrimiento de los principios de la naturaleza por tantos hombres, nunca tuvo como objetivo la guerra, ni la guerra actuó como factor causal interior que dinamizara el desarrollo científico. Todo lo contrario, la guerra segó la vida de Arquímedes y de tantos estudiosos que estudiaron la naturaleza. La guerra no es propicia para el desarrollo de la ciencia, y solamente para la aplicación de la ciencia en el invento de armas y de la técnica, que en nada aclaran los misterios del universo; y solamente se aplican los principios que otros descubrieron en los momentos de paz individual y colectiva. También se dice, que en la guerra se forma la virtud del heroísmo. Esto es cierto, pero el heroísmo no se da solamente cuando se defiende de la agresión, o sea, del intento de suprimir la libertad de un pueblo. Solamente hay heroísmo cuando se defiende la paz de su territorio, o cuando se defiende la paz universal, el bienestar de toda la humanidad. Lo que da fuerza para el heroísmo es el amor a la paz y no a la guerra. No hay un heroísmo por el heroísmo mismo. La humanidad venera como heroicos a los que lucharon y se sacrificaron por la confraternidad y no por el odio destructivo. En cambio no venera a los hombres que se preparan para la guerra de conquista, a aquellos que atentan contra la fraternidad. Tengamos presente las prescripciones de aquellos que se preparan para la guerra de dominio, de sujeción de otros pueblos y veremos que violentan en sus cimientos la base de toda moral, que es la adecuada relación del hombre con el hombre. No puede hablarse de moral si se suprime al hombre. ¿De qué hablaba Nietzsche cuando se refería a la moral del llamado super hombre, que es la sujeción, la esclavización del dominio de otros hombres? No hablaba de moral y por eso se sitúa, según él, más allá del bien y del mal, como si fuera posible que alguien se situara así. En cambio, en la filosofía kantiana, la destrucción del hombre implica atentar contra los fundamentos de la propia moral, de la razón práctica. Significa destruir al ser libre, portador de la autonomía moral. Peor aún, significa atentar contra su propia máxima de toda moral. "Actúa de tal manera que puedas pretender que tus máximas se conviertan en leyes universales". Es evidente que la máxima de los individuos que se hallan batallando el uno contra el otro no puede adquirir el carácter de universal. Más aún, si como sostiene Kant, hay que tomar al otro como un fin y no como un medio. Particularmente Kant basa sus esperanzas de una paz fundamentada en la ética.

Sostiene Kant que la naturaleza mueve los hilos del egoísmo para lograr su fin de obtener la paz, al contraponer estas inclinaciones individuales. Este punto de vista es parcialmente cierto pues la amenaza a la propia vida obliga a tomar medidas de conciliación, egoísmo que expresa un profundo instinto de conservación. Pero es conveniente precisar que hay dos niveles del egoísmo. El primero que podríamos expresarlo de la siguiente manera: yo lo quiero todo para mí; y el segundo, que diría: yo no quiero el mal para mí. Decir que el egoísmo es lo que mueve a la naturaleza para conseguir la paz es una generalización que no permite considerar cómo por el egoísmo se va a alcanzar la paz. Pues en un primer sentido, el que todo lo quiera para sí, es lo que motiva a aquellos hombres a conquistar, a subyugar y a esclavizar a otros hombres, a volverse insensibles ante el sufrimiento de los vencidos. Con este egoísmo nunca se alcanzará la paz perpetua y sí mantenerse en la guerra perpetua. Pero si el egoísmo es solamente no querer este mal para uno, por lo menos se ha llegado a la mitad del camino para alcanzar la paz. Esto es lo que expresan algunos que desean la paz, en tanto que dicen que no quieren que la guerra los envuelva a ellos mismos y lo que recuerda a algunos susodichos pacifistas es que en tanto la

guerra no llega a sus fronteras, todo va bien, y de los demás que ellos vean como lo resuelven. Por eso decíamos que el egoísmo solamente en parte puede conducir a la paz, en su segundo sentido; pero en ningún caso a una paz permanente, y solamente a una paz transitoria y efímera. Solamente se alcanzará la paz cuando el hombre diga y sienta que no quiere el mal de la guerra para él ni tampoco para los demás. ¿Es esta última actitud egoísmo?. En verdad, es un egoísmo que siente en carne propia el mal y, al sentirlo, abre su espíritu ante el mal de otros.

No obstante que Kant nos habla de una ley universal, a priori, independiente de toda experiencia, y a su vez, origen de un proceso de causas, nos afirma, en otra de sus obras "En el hombre (entendido como la única criatura racional de la tierra) las disposiciones originarias, que se refieren al uso de la razón, no se desarrollan completamente en el individuo, sino en la especie". Eso significa, entonces, para Kant que la ley universal de la razón práctica tarda en alcanzarse y se desenvuelve al ritmo del desarrollo de la especie humana, pues solamente en el desenvolvimiento de la especie humana, la razón va descubriendo y ampliando de modo ilimitado sus propias facultades, que en la limitada vida de cada hombre, no se logra. Pero si así acontece, si la razón no alcanza su pleno desarrollo en la vida individual, entonces esta razón no es del todo ajena a la experiencia y, en este caso, a la experiencia histórica; la razón no es entonces pura, a priori, independiente de la experiencia. De todos modos, la razón se desenvuelve en el devenir histórico. En el hombre es el conocimiento de la razón humana lo que perfecciona esta razón misma, y en este conocimiento descubre las propias leyes por las cuales ha de regirse. No es la razón pura en un proceso de autodesenvolvimiento, el modo como se desenvuelve el espíritu en la historia, como lo sostiene Hegel. La razón se vuelve en contacto con la experiencia en parte, porque adquiere mayores conocimientos desde cuya perspectiva considera mejor los acontecimientos de la naturaleza y de la historia; y, en parte, porque la cultura obtenida a través del desenvolvimiento histórico se ejercita tempranamente en la vida y logra un mayor perfeccionamiento; pero siempre en este continuo contacto, a través de la experiencia, con la naturaleza y con la sociedad. Lo mismo acontece con la razón ética o práctica, y por lo cual, la tendencia humana hacia el bien no es un resultado espontáneo de la razón, sino que está también sujeta a las leyes del devenir histórico. Es imposible conciliar una razón práctica, independiente de toda experiencia, con el hecho de que la razón práctica es histórica. Es cierto que las ideas de Kant sobre el origen de la razón se dan en la especie y no en el individuo, y las concibió antes de escribir su ética; y es también cierto que no nos habla de la razón en la historia sino en la especie, pero si pretendiésemos entenderlo en este sentido estricto de la especie, resultaría más difícil explicarse el desenvolvimiento de la razón práctica.

En toda la historia, al lado de períodos de guerra, ha habido también períodos de paz, y si bien en la paz hay preparación para la guerra, en la guerra también hay preparación para la paz y San Agustín así lo expresa en la ciudad de Dios, porque lo que se persigue en la guerra es volver a la paz con la sumisión del pueblo que se presenta como enemigo; pero finalmente la paz. No hay que ser crédulo, pero sí es un imperativo que los científicos y filósofos escudriñen las causas que llevan a la guerra o a la paz y que los hombres se inclinen al predominio de la paz. Si bien, hasta ahora, la guerra ha tenido la supremacía sobre la paz, sin lograr eliminar a esta última, hay probabilidades de que en el futuro, la paz predomine y supedite a la guerra. Sin embargo, la oposición dialéctica de la guerra y de la

paz, sin concluir definitivamente sobre cual de las dos tiene la hegemonía, no hay que aceptar la posición generalizadora y no fundamentada definitivamente por Tomas Hobbes. Entre tanto que los hombres que más se sientan llamados por el pacifismo, que se pongan a actuar para que así puedan inclinar la balanza de la historia, invirtiendo lo que hasta ahora ha acontecido. Hagamos que la paz tenga la supremacía sobre la guerra. Esta supremacía no es un engaño, porque todos los hombres tienen sentimientos que los lleva a la cooperación social, a la ayuda a los demás, y tienen pensamientos que les permiten fundamentar válidamente estos sentimientos.

Hoy es bastante explicable que podamos hablar de la paz, cuando hay poderosas fuerzas sociales que activamente se organizan con el propósito de llegar a un tipo de sociedad en donde la paz sea una de sus consecuencias, y cuando muchas son las voces que se dejan oír buscando el modo de lograr una paz permanente. Históricamente, este movimiento hacia la paz, comprueba que es radicalmente falso sostener que la guerra es una condición inevitable del hombre, pues la guerra arraigaría en motivaciones internas, instintivas, que no pueden ponerse de lado. Pero tantos también que buscan la paz, indica que en sus espíritus surgen motivaciones que no estamos acostumbrados a constatar cuando abrimos cualquier página de la historia. El movimiento hacia la paz es un hecho histórico que habrá de quedar grabado para las generaciones futuras, y que dejarán desconcertados a los potenciales filósofos, partidarios de la teoría que nos habla de la agresividad innata de los hombres. El movimiento para la paz de nuestra época no tiene nada que ver con esa filosofía de la agresividad. De todos modos, el tema de la paz es un asunto con el que nos estamos familiarizando cada día, y a pesar de sus restricciones, sentimos que cada vez reaparecerá con mayor fuerza, y por eso podemos hablar de un proceso que ya está en marcha. En el año de 1795, en que apareció la obra de Kant sobre la "La paz perpetua", el filósofo estaba bastante solo, pues si había en el interior de muchos espíritus un anhelo hacia la paz, esos espíritus estaban todavía aislados, individualizados y de ellos lamentablemente no tenemos conocimiento. Con anterioridad ningún filósofo se había ocupado seriamente sobre el problema de la paz. Aun cuando Aristóteles defendía la guerra de conquista de los que según el habían nacido naturalmente esclavos, o Santo Tomás de Aquino que consideraba que había guerras justas, como cuando el soberano o autoridad legítima lo aprobaba, o cuando hay que combatir el mal y defender el bien por medios bélicos, o como cuando Tomás Hobbes siglos después, sostiene que el hombre es enemigo del hombre por naturaleza, reproduciendo una tesis expuesta por Platón, exactamente y en igual sentido, si bien el mismo Platón discrepara profundamente por consideraciones éticas; a pesar de que el mismo Sócrates, el incansable defensor de la virtud, participó en batallas que Atenas libró contra sus enemigos, es cierto que hubo filósofos como Lucrecio quien defendió la paz sobre la base de la igualdad económica, o los estoicos que anhelaban la paz, pero la consideraron inalcanzable y se resignaron a la paz interior del filósofo, o como Hume que cree que hay pueblos primitivos que no requieren de la guerra para subsistir. Por lo demás, hubo filósofos que ni siquiera tocaron el tema de la paz, pasando por alto algo de tanta trascendencia para la filosofía misma. Incluso un pensador como Maquiavelo quien destruye toda fe en el comportamiento humano y aconseja los procedimientos menos nobles para dominar al enemigo. Para todos los pensadores escépticos, indiferentes e inclusive apoyadores de la belicosidad humana, la historia de la humanidad demuestra que los pueblos y naciones se mantienen en un estado de guerra perpetua y esto es lo que sirve de fondo a los filósofos para

sus reflexiones sobre la naturaleza del hombre y su devenir histórico. Dentro de la epidemia de guerras que ha azotado a la humanidad, el filósofo Kant se propone, por primera vez, desarrollar de modo sistemático las ideas sobre la posibilidad de una paz, no transitoria, sino perpetua. El movimiento pacifista mundial del presente, el hecho histórico del pacifismo en nuestra época, comprueba que la paz ya ha comenzado a tomar cuerpo en la historia del hombre.

En la naturaleza, el estado de guerra, según afirma Kant, "No es el estado de paz entre los hombres que viven juntos el estado de naturaleza, sino más bien el estado de guerra". Con esta afirmación sostiene pues que dejado el hombre a sí mismo se mantendría en continua guerra y, sin embargo, sostiene también que la paz tiene que ser establecida. Con esta afirmación está indicando, que para su punto de vista, la paz ha de tener raíces completamente diferentes que la naturaleza misma. Por tanto, la paz no es natural en el sentido estricto del término. En este sentido, la guerra y la paz constituyen dos lados metafísicamente diferentes de la realidad. No podremos por vías naturales alcanzar la paz, y si se le establece habrá que recurrir a otra fuente del ser humano. Habrá entonces que buscar en el lado espiritual la única posibilidad de encontrar la paz entre los hombres y las naciones, y habrá que descartar definitivamente la naturaleza.

En la filosofía de Kant la destrucción del hombre implica atentar contra los fundamentos de la propia moral, de la razón práctica, pues destruye al ser libre, portador de la autonomía moral, sin embargo, la autonomía moral, al regirse por sí misma en el comportamiento en relación a otros, es solamente una meta del comportamiento humano, pues aquel que no sabe respetar la vida de otros carece de esa autonomía, pues esta dominado por las circunstancias. El hombre es potencialmente capaz de esa autonomía moral, pero solamente la adquiere cuando se rige por el respeto a la vida de los otros. Cuando el hombre comprende o descubre los principios de la moral y actúa conforme a ellos es verdaderamente autónomo moralmente. Para lograrlo tiene que descubrir esos principios morales, descubrimiento al cual llegan algunos en los comienzos de la historia, en tanto que otros tardan en conseguirlo. Sin embargo, hay ciertas condiciones históricas y sociales que permiten alcanzar esos objetivos morales y no solamente lograrlos, comprenderlos en su plenitud, pues aún grandes filósofos como Sócrates, Aristóteles y el mismo Kant, hicieron concesiones a la guerra, lo cual comprueba que ellos mismos no habían alcanzado una comprensión plena del principio moral de la paz. De aquí que la autonomía moral es posible solamente cuando el hombre se rige exclusivamente por el principio ético de la paz y, para lograrlo, hay que conocer substancialmente ese principio y, antes de lograrlo, no hay propiamente autonomía, pues no hay todavía una ley a la cual utilizar como fundamento de la acción moral, lo que posibilita la autonomía moral es descubrir su principio y actuar conforme a él; pero, tanto su descubrimiento pleno como la acción de acuerdo a ese mismo principio, requiere de ciertas condiciones sociales e históricas.

Se dice que en la guerra se forja la virtud del heroísmo. Pero el heroísmo se da únicamente cuando los hombres se defienden de la hostilidad, del intento de suprimir la libertad a un pueblo, solamente hay heroísmo cuando se defiende la paz para un determinado territorio, o cuando se defiende la paz universal, el bienestar de toda la humanidad. Pero, lo que da fuerza y virtud al heroísmo es el amor a la paz y no a la guerra, o es también el amor a la libertad. No hay heroísmo por el heroísmo mismo. La humanidad venera como heroicos a los que lucharon y se sacrificaron por la confraternidad universal y no por el odio

destrutivo. Por otro lado, si bien la humanidad, algunas veces, admira a los hombres de conquista por sus hazañas, no guarda veneración para con ellos. Aquellos hombres que se preparan para una guerra de dominio, de sujeción de otros pueblos, violentan en sus cimientos la base de toda moral, que es la adecuada relación del hombre con el hombre. No se puede hablar de moral si se intenta suprimir a otros hombres.

Se ha hablado mucho acerca de las bondades de la guerra. Sin embargo, en verdad, la guerra, la virtud que forma es la valentía que llega hasta el sacrificio del hombre mismo. Otra virtud, es que despierta el amor por el pueblo o la nación a la que el individuo pertenece. También se dice que la guerra entre otra de sus virtudes contribuye al desarrollo de la ciencia física, de la ciencia médica y aún de las ciencias biológicas y del gran desarrollo técnico. Pues bien, si la guerra forja la valentía, el sacrificio de sí mismo, el heroísmo, esta virtud es también la que posee todo aquel que actúa en la conquista de la naturaleza, donde el hombre arriesga su propia vida y muchas veces sucumbe, aun a sabiendas de que corre el peligro de perecer. Cuantos exploradores de la naturaleza han sucumbido llevados por su ansia de abrir nuevos horizontes geográficos a los hombres, fortaleciendo en esa forma su cuerpo y su espíritu. La verdad que a estas hazañas se dedican grupos relativamente pequeños de hombres, en tanto que en la guerra son masas considerables, de la cual, obviamente, se puede inferir que son muchos los que logran fortalecer su cuerpo y su espíritu. Sin embargo, las últimas virtudes son relativas, para muchos el cuerpo se enferma o se deteriora, en tanto que su espíritu se impregna de odio para con el adversario, pues solamente odiando se cobra fuerzas para eliminar al adversario. El odio no es forjador del espíritu, sino destructor del mismo. Con esto se constata que las virtudes de la guerra son muy relativas y restringidas. El odio y la mutilación física contrarrestan considerablemente las virtudes del espíritu y del cuerpo que en la guerra se pueden forjar, en tanto que aquellos que mueren en la guerra anulan sus posibilidades de forjar virtudes de su cuerpo y de su espíritu. Por otro lado, algo muy importante concerniente a lo que acontece en la guerra del presente, es que se bombardea de diversos modos a la población civil, a seres humanos de todas las edades y sexo, de lo cual no se libra ninguno, ni adultos, ni niños, ni recién nacidos, ni seres que se gestan en el vientre de sus madres, lo que lleva a la guerra del presente a la más cobarde de sus acciones, matando indiscriminadamente a seres indefensos. Muy lejos se está de aquellos aguerridos soldados que se enfrentan individualmente a otros soldados en singular batalla. Peor aún, la guerra del presente con las armas termonucleares, no forja ya ninguna virtud física ni espiritual. En el devenir histórico, lo que en algunas ocasiones fue forjadora del cuerpo y del espíritu, se comienza a transformar en la negación de la virtud y del fortalecimiento del cuerpo, en la guerra termonuclear.

Es evidente que para el vencido en la guerra todos los aspectos de la civilización se deterioran, puesto que sus logros materiales son en parte destruidos, como las construcciones de las viviendas, de las industrias, los campos de cultivo arrasados dejando así resquebrajada su organización social y política, en tanto que los bienes artísticos son saqueados, se estanca la actividad científica y artística, y las actividades científicas se ven paralizadas, excepto aquella que de algún modo se relaciona con la industria bélica. En cuanto a la moral o ética, se halla profundamente deteriorada, no solamente por la profunda frustración del vencido, sino por los profundos sentimientos de odio y deseo de matanza que se generan, nada ennoblecedores de la personalidad humana. Para el vencido no hay pues ningún hecho de que la guerra haya significado algo para el desarrollo de su civilización. Sin embargo, podría

sostenerse que en algunas guerras, el vencedor que se halla en un más alto grado de civilización repercute en el vencido de una manera favorable; sin embargo, cuantas guerras en la historia comprueban que el vencedor se hallaba en un nivel de desarrollo cultural y moral inferior al vencido, y que, por lo tanto, no han traído beneficio alguno para el vencido y, más bien, ruina y atraso. Igualmente, la tremenda destrucción de los elementos de la producción, así como la destrucción de la organización social de la producción y, en general, el deterioro de la organización social de la sociedad vencida. Por otro lado, la guerra ocasiona la detención de la actividad científica, muy especialmente en el vencido. En cuanto a la moral, si el vencedor se halla en condiciones de un desarrollo cultural más avanzado, el vencido se beneficia del mayor adelanto del vencedor. ¿Cuáles serán estos beneficios? De todos modos, en el caso de una relación pacífica entre los pueblos, el intercambio cultural hubiese sido mucho mayor en el pueblo potencialmente vencido en un enfrentamiento bélico.

Finalmente, la guerra termina con la vida de tantos hombre que, de otro modo, hubieran contribuido al desarrollo de su propio pueblo, en lo artístico, científico y técnico. La historia de la ciencia está llena de ejemplos de que los grandes descubrimientos no tuvieron como objetivo la guerra, ni que la guerra ha actuado como factor que dinamice el desarrollo cultural. Todo lo contrario, la guerra segó la vida de Arquímedes y de tantos otros que escudriñaron en la naturaleza y la cultura. La guerra no es nada propicia para el desenvolvimiento de la cultura y lo es solamente para el invento de armas que nada aclaran sobre los secretos de la naturaleza. Ni tampoco forja la moral, pues el noble mandamiento de no matar, queda totalmente escarnecido en las acciones bélicas.

El mismo Kant que sostiene el universalismo fue inconsecuente, pues por un lado busca la paz perpetua, pero, de otro lado justifica la guerra, cuando afirma que "la guerra misma no requiere de motivos especiales, sino que parece hallarse inserta en la naturaleza humana e incluso significar algo noble y que anima al hombre honorablemente y sin necesidad de impulsos egoístas". Es entonces incompatible su exigencia de la universalidad de la razón práctica de la paz perpetua y de la guerra. Esta contradicción kantiana revela fundamentalmente la gran dificultad de alcanzar la universalidad de los principios éticos cuando se trata de la ética social y política.